

Pierre Teilhard de Chardin

Escritos esenciales



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura

◆ COLECCIÓN ◆
FERNANDO CARLOS
VEVIA ROMERO

◆ COLECCIÓN ◆
FERNANDO CARLOS
VEVIA ROMERO

Pierre Teilhard de Chardin

Escritos esenciales



**Universidad
de Guadalajara**





Miguel Ángel Navarro Navarro
Rectoría General

Carmen Enedina Rodríguez Armenta
Vicerrectoría Ejecutiva

José Alfredo Peña Ramos
Secretaría General

Sonia Reynaga Obregón
Coordinación General Académica

Patricia Rosas Chávez
Dirección de Letras para Volar

Sayri Karp Mitastein
Dirección de la Editorial Universitaria



**Programa Universitario
de Fomento a la Lectura**

Primera edición electrónica, 2018

Director de la colección
Fernando Carlos Vevia Romero

Coordinador de la colección
Alfredo Tomás Ortega Ojeda

Autor
Pierre Teilhard de Chardin

Traducción
Jorge Antonio Orendáin Caldera

Prólogo
Jorge Alfonso Souza Jauffred

D.R. © 2018, Universidad de Guadalajara



**EDITORIAL
UNIVERSITARIA**

Editorial Universitaria
José Bonifacio Andrada 2679
Colonia Lomas de Guevara
44657, Guadalajara, Jalisco
www.editorial.udg.mx

Noviembre de 2018

ISBN 978-607-547-330-7



Este trabajo está autorizado bajo la licencia
Creative Commons Atribución-
NoComercialSinDerivadas 4.0 Internacional (CC
BY-NC-ND) lo que significa que el texto puede
ser compartido y redistribuido, siempre que el
crédito sea otorgado al autor, pero no puede ser
mezclado, transformado, construir sobre él ni
utilizado con propósitos comerciales. Para más
detalles consúltase [https://
creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/
deed.es](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es)

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Estimado lector:

La lectura es una actividad esencial para la transformación de los seres humanos; constituye la base del aprendizaje, la comunicación, la imaginación y la inteligencia, determinantes para el desarrollo intelectual y emocional.

Leer nos permite conocer el mundo, enriquecer el espíritu y recrear nuestras experiencias. Leer nos constituye como individuos libres, capaces de ejercer nuestros derechos y cumplir con nuestras obligaciones. Leer nos ayuda a resolver problemas. Leer es pensar.

Leer es descubrir otros mundos, universos desconocidos que abren nuevas puertas; leer es conocer las experiencias, las emociones y los pensamientos de otras personas. Leer es un privilegio.

Prácticamente todos los niveles escolares y todas las ocupaciones laborales requieren de habilidades lectoras. Ser un lector funcional demanda comprender los documentos y las leyes que regulan nuestro comportamiento en sociedad. La lectura propicia la formación de ciudadanos informados, críticos e independientes y los convierte en agentes de cambio.

El Programa Universitario de Fomento a la Lectura Letras para Volar de la Universidad de Guadalajara tiene el objetivo de poner a disposición de niños y jó-

venes de distintos niveles educativos, dentro y fuera de las instalaciones universitarias, obras que motiven su entusiasmo por la lectura y promuevan el desarrollo de su competencia lectora.

Letras para Volar es el resultado del trabajo y la generosidad de un gran equipo de académicos, autores e ilustradores. Va para ellos nuestro agradecimiento por esta contribución.

Miguel Ángel Navarro Navarro
Rector General

Índice

9 En el corazón de la materia

13 1. Descubrir lo divino en las profundidades de la materia ardiente

- 13 Una particular manera de verlo todo
- 15 Sentido cósmico – un sentido de plenitud
- 20 Despertar a la vida cósmica
- 25 Descubrimiento de la evolución
- 29 La potencia espiritual de la materia
- 34 Comunión con la Tierra, la gran Madre
- 39 Inmersos en la acción creadora de Dios

46 2. Vivir en el Medio Divino

- 46 El ser humano dentro del Universo
- 49 Unión creadora: de lo Múltiple al Omega
- 55 La importancia fundamental del Fenómeno humano
- 60 El medio divino y sus atributos
- 67 La divinización de las actividades
- 70 La divinización de las pasividades
- 75 La Misa sobre el Mundo

En el corazón de la materia

JORGE SOUZA JAUFFRED

Científico, místico, pensador, Teilhard de Chardin supo construir una visión de universo donde ciencia y religión no se contraponen, por el contrario, armonizan y forman parte de un mismo acorde que refleja, desde ángulos distintos y complementarios, la grandeza del universo.

Integrada en esa inteligente construcción conceptual, donde convergen la fe y el conocimiento, está implícito el concepto de evolución —tan polémico hace apenas cien años— como motor trascendente y guía del desenvolvimiento del cosmos, en el tiempo infinito, hacia la construcción de unos mejores ojos y de una consciencia más amplia, para mirar, comprender y amar el entramado de la magnificencia cósmica.

Para Teilhard, la evolución tiene un sentido. Avanza hacia ese punto Omega situado al final del tiempo, donde los seres humanos serán capaces de percibir la perfección infinita de la realidad y entender la unión indisoluble de la materia —en movimiento incesante— con el espíritu que permea la totalidad y la ilumina; un panteísmo cristiano que, sin traicionar el dogma, emerge como una totalidad ordenada que, impelida por el espíritu, se desplaza hacia la perfección.

Teilhard de Chardin delineó sus teorías, heterodoxas y peligrosas desde la interpretación de una parte de la jerarquía eclesiástica, con suavidad y contundencia. Las expuso y las defendió pese a las dificultades que entrañaba, para un sacerdote como él, adoptar esa postura. El conservadurismo religioso, molesto por las ideas de Chardin, lo acosó, lo acusó y lo obligó, a veces, a abandonar un par de proyectos y países, pero no consiguió destruir su obra ni su legado.

Pierre Teilhard de Chardin nació en Orcines, un poblado del centro de Francia, el 1 de mayo de 1881, y desde muy joven sintió el impulso de buscar, ha escrito, la consistencia de lo existente; el alma sólida, digamos, del mundo que le rodeaba. Sus inquietudes le condujeron, por un lado, a ahondar en el campo de la ciencia, convirtiéndose en un brillante geólogo y paleontólogo; y, por la otra, a internarse en un misticismo cristiano sustentado en una visión panteísta del universo.

En 1899, a los 18 años, ingresó al noviciado jesuita. En esa orden, años más tarde, tomará los hábitos. En 1912, tras haber dedicado larguísimas horas al estudio e investigación de la naturaleza, comenzó a trabajar en el Museo Nacional de Historia Natural de Francia, colocando así los cimientos de su carrera científica, en la que destaca el descubrimiento del “hombre de Pekin” u *homo pekinensis*, que realizó en forma conjunta con el prestigioso paleontólogo Henri Breuil.

A medida que avanzaba en sus investigaciones científicas, realizadas a lo largo de numerosas expediciones a países de África y Asia, Chardin se adentraba en sus pensamientos filosóficos y en su visión mística, lo que le causó problemas con la Santa Sede en varias ocasiones. No obstante, su espíritu conciliador evitó males mayores, como la excomunión, y continuó recorriendo la ruta que se había trazado.

Consideró que, si bien no había palabras para describir la visión luminosa que lo embriagaba, podía plasmar en sus obras algunos de los principios que la regían. Para Chardin, el esplendor fascinante de la naturaleza, la integridad sensual de la tierra y el constante desenvolvimiento del universo hacia el Punto Omega eran un medio para la revelación divina; los sentidos y la forma en que lo material los impresionaba, constituían un camino para alcanzar el “corazón” de la existencia; es decir, Dios; pero, no un dios imagen, ni un dios burocratizado y rígido, sino un Dios vivo, actuante, que se revela en cada cosa, en cada elemento y en cada momento, a través de la materia, esa madre que nos nutre y destruye en su devenir incesante.

La evolución, sostenía el científico-místico, en su avance construye, cada vez, ámbitos de mayor complejidad y, al mismo tiempo, genera mayores niveles de consciencia. El ser humano, ese fenómeno, puede tener consciencia de lo que está ocurriendo, desde su posición privilegiada en la creación universal; y, más que eso, a

través de los sentidos puede encontrar la ruta para contemplar el corazón de Dios en el corazón de la materia.

Chardin fue un hombre que, en un contexto saturado de prejuicios y falsas premisas, supo construir, mediante la ciencia y el misticismo, los elementos que hicieron posible sostener su visión de lo divino integrado en lo material y en lo humano. Superó las contradicciones y mostró que, más allá de las estructuras ideológicas, el ser humano es capaz de presentir el esplendor de lo divino a través de su manifestación en los elementos de la tierra.

1. Descubrir lo divino en las profundidades de la materia ardiente

Una particular manera de verlo todo

He de comenzar por caracterizar la *tendencia fundamental*, el talante natural [...] de mi espíritu.

Indicaré enseguida cómo se han ido trasmutando esas disposiciones innatas, poco a poco, en lo que a mí respecta, en una manera particular de contemplar todas las cosas, terrestres y divinas. [...]

Tan lejos como puedo retroceder en mis recuerdos (de antes de los diez años), advierto en mí la existencia de una pasión *netamente* dominante: la pasión de lo Absoluto.

Es evidente que yo no daba todavía entonces este nombre a la inquietud que me oprimía; pero hoy puedo reconocerla sin ninguna vacilación.

La necesidad de poseer en todo “algo Absoluto” era, desde mi infancia, el eje de mi vida interior. Entre los placeres de esta edad, yo no me encontraba dichoso (lo recuerdo con toda claridad) más que *por relación con* una alegría fundamental, que consistía, generalmente, en la 1ª posesión (o el pensamiento) de algún objeto más precio-

so, a más raro, más consistente, más inalterable. Tan pronto se trataba de un trozo cualquiera de metal. Tan pronto, por un salto al otro extremo, me complacía en el pensamiento de Dios-Espíritu (la Carne de Nuestro Señor me parecía entonces algo demasiado frágil y demasiado corruptible).

Tal preocupación podrá parecer singular. Repito que era así, *decididamente*. Poseía ya entonces la necesidad invencible (y, sin embargo, vivificante, apaciguadora ...) de apoyarme *sin cesar* en alguna cosa que fuera tangible y *definitiva*, y buscaba por todas partes aquel objeto beatificante.

La historia de mi vida interior es la historia de esta búsqueda, que me llevaba a realidades cada vez más universales y perfectas. En el fondo, mi tendencia natural y profunda [...] ha permanecido absolutamente inflexible desde que me conozco.

Es inútil pasar aquí revista detallada a los diferentes altares que he ido levantando sucesivamente a Dios en mi corazón. Sólo diré que, a medida que se me revelaba toda forma *individual* como inestable y caduca, yo buscaba algo más allá: en la Materia elemental, en las corrientes de energía física, en la totalidad del Universo, siempre, lo confieso, con una predilección instintiva por la materia (considerada como más absoluta que el resto), que no he logrado corregir [de la que no me he corregido] sino mucho más tarde. [...]

Si desde mi infancia, y desde entonces con una plenitud y una convicción crecientes, he amado y escrutado siempre la Naturaleza, puedo afirmar que no

lo he hecho como “sabio”, sino como “devoto”. Tengo la impresión de que en mí cualquier esfuerzo, incluso referente a un objeto puramente natural, ha sido siempre un esfuerzo religioso y sustancialmente único. Tengo conciencia de haber intentado siempre, en todo, alcanzar lo Absoluto. Por cualquier otra intención pienso que no habría tenido el coraje de obrar.

Ciencia (esto es, todas las formas de la actividad humana) y Religión no han sido nunca, a mis ojos, más que una sola cosa, siendo ambas para mí la búsqueda de un mismo Objeto.

Sentido cósmico – un sentido de plenitud

Lo que yo me propongo a lo largo de estas páginas [...] es sencillamente mostrar cómo, a partir de un punto de ignición inicial —congénita— el Mundo, *en el curso* de toda mi vida, *por* toda mi vida, poco a poco se ha encendido, se ha inflamado a mis ojos, hasta volverse, a mi alrededor, enteramente luminoso desde dentro.

Progresiva expansión, en el seno de todo ser y de todo acontecimiento, de una misteriosa claridad interna que los transfiguraba. Pero, más aún, variación gradual de intensidad y de matices ligada al complicado juego de tres componentes universales: lo Cósmico, lo Humano y lo Crístico —que, aun cuando estaban ex-

plícitamente presentes en mí (al menos el primero y el tercero) desde los primeros instantes de mi existencia, he necesitado más de sesenta años de esfuerzo apasionado para descubrir que no eran más que los acercamientos o aproximaciones progresivas de una misma realidad fundamental...

Resplandores púrpuras de la Materia, girando insensiblemente al oro del Espíritu, para transformarse finalmente en la incandescencia de un Universal-Personal; todo ello atravesado, animado, embalsamado por un soplo de Unión, y de lo Femenino.

Tal como yo la he experimentado en contacto con la Tierra, la Diafanidad de lo Divino en el corazón de un Universo ardiente. Lo Divino irradiando desde las profundidades de una Materia encendida[...].

Como punto de partida [...], siento primero la necesidad de presentar y describir sumariamente una disposición [...] psicológica particular que llamaré, a falta de un término mejor, el *Sentido de la Plenitud*. Por muy lejos que me remonte en mi infancia, nada se me aparece como más característico, ni más familiar, en mi comportamiento interior, que el gusto o la necesidad irresistible de cierto “Único Suficiente y Único Necesario”. Para estar bien del todo, para ser completamente feliz, saber que “Algo Esencial” existe; lo demás no es sino un accesorio o un ornamento. Saberlo y gozar interminablemente de la consciencia de esta existencia: en verdad, si, en el curso del pasado, yo llego a reconocerme y a seguirme a mí

mismo, no es más que al rastro de esta nota, o matiz, o sabor particular, imposible de confundir (por poco que se haya experimentado una vez) con ninguna otra de las pasiones del alma: ni la alegría de conocer, ni la alegría de descubrir, ni la alegría de crear, ni la alegría de amar; no tanto porque se diferencie de ellas, sino más bien porque es de un orden superior a todas estas emociones y las contiene todas.

Sentido de la Plenitud, Sentido de la Consumación y de la Compleción, “Sentido Plerómico”.

A través de lo que llamaré sucesiva e indiferentemente “Sentido de la Consistencia”, “Sentido Cósmico”, “Sentido de la Tierra”, “Sentido Humano”, “Sentido Crístico”, todo lo que sigue no será nada más que el relato de una lenta explicitación o evolución en mí de este elemento fundamental [...] en formas cada vez más ricas y más depuradas.

Ciertamente, yo no tenía más de seis o siete años cuando empecé a sentirme atraído por la Materia —o, más exactamente, por algo que “alumbraba” en el corazón de la Materia—. A esta edad, en la que, me imagino, otros niños experimentan su primer “sentimiento” hacia una persona, o hacia el arte, o hacia la religión, yo era afectuoso, sabio e incluso piadoso. Con ello quiero decir que, por influencia de mi madre[...], yo amaba mucho “al niño Jesús”.

Pero en realidad mi verdadero “yo” estaba en otra parte.

Y, para percibirlo al descubierto, hubiera sido necesario observarme cuando —siempre secretamente y en

silencio—, sin pensar siquiera que pudiera haber nada que decir sobre ello a nadie, yo me retiraba en la contemplación, en la posesión, en la existencia saboreada de mi “Dios de Hierro”. El *Hierro*, nótese bien. E incluso ahora veo, con una agudeza singular, la serie de mis “ídolos”. En el campo, una tuerca de arado que yo escondía cuidadosamente en un rincón del patio. En la ciudad, la cabeza hexagonal de una columnita de refuerzo, metálica, que sobresalía por encima del nivel del piso del colegio y que yo había convertido en mi propiedad privada. Más tarde, diversos fragmentos de proyectiles recogidos con amor en un campo de tiro vecino... Hoy no puedo evitar sonreír, al volver a pensar en estas chiquilladas. Y, sin embargo, al mismo tiempo, me siento obligado a reconocer que, en este gesto instintivo que me hacía *adorar* un fragmento de metal, se encontraban contenidos y reunidos una intensidad de sonido y un cortejo de exigencias que toda mi vida espiritual no ha hecho más que desarrollar.

Y, en efecto, ¿por qué el *Hierro*? ¿Y por qué, más especialmente, *un* fragmento de hierro? (Que, por otro lado, tenía que ser lo más espeso y macizo posible). Sólo porque, para mi experiencia infantil, no había en el mundo nada más duro, más pesado, más tenaz, más duradero que esta maravillosa sustancia captada bajo una forma tan *plena* como fuera posible... *La Consistencia*: éste ha sido para mí, indudablemente, el atributo fundamental del Ser. [...] Pero hasta ahora (y hasta el fin, así lo siento), esta primacía de lo Inalterable, es decir, de lo Irreversible,

no ha dejado ni dejará de marcar irrevocablemente mis preferencias por lo Necesario, por lo General, por lo “Natural” —en contraposición a lo Contingente, a lo Particular y a lo Artificial [...].

Sentido de la Plenitud, ya claramente individualizado y tratando ya de satisfacerse en la retirada de un Objeto definido donde se encontraba *concentrada* la Esencia de las Cosas. [...]

Pero hay un largo camino desde el “Punto Omega” a un fragmento de hierro... Y yo tenía que descubrir a mi costa, poco a poco, hasta qué punto la Consistencia con la que entonces soñaba es un efecto, no de la “sustancia”, sino de la “convergencia”. No he olvidado las patéticas desesperaciones infantiles al constatar un buen día que el Hierro se raya y se oxida [...].

Y entonces, para consolarme, buscaba equivalentes en otra parte. A veces en una llama azul que flotaba (a la vez tan material, tan inasible y tan pura) sobre los leños del hogar. Con más frecuencia, en una piedra más transparente o de un color más preciso: cristales de cuarzo o de amatista y, sobre todo, fragmentos relucientes de calcedonia, tal como podía reunirlos en el campo. En este último caso, naturalmente, era esencial que la sustancia querida fuese resistente, inatacable y *dura*.

Ésta fue una transición imperceptible, pero que debía tener en adelante una inmensa importancia para la continuación de mi evolución espiritual: pues fue precisamente gracias a la salida que quedó abierta para mis

tanteos, con la sustitución del Cuarzo por el Hierro, hacia los vastos edificios del Planeta y de la Naturaleza, como comencé, sin dudar de ello, a desembocar verdaderamente en el Mundo, hasta no poder gustar ya nada sino en las dimensiones de lo Universal.

Despertar a la vida cósmica

En el mismo comienzo de mi vida consciente, [...] en mis esfuerzos por atrapar y abrazar “la solidez” hacia la que me llevaba mi necesidad innata de Plenitud, yo intentaba, sobre todo, para captar la esencia de la Materia, perseguida bajo sus formas más circunscritas, más definidas y más pesadas [...].

Ahora bien, fue aquí, bajo el efecto de la atracción recién nacida en mí por el mundo “de las Piedras”, donde empezó a dibujarse una expansión definitiva en lo más profundo de mi vida interior.

El Metal (tal como yo podía conocerlo a los diez años) tendía a mantenerme ligado a objetos manufacturados y fragmentarios. Por el Mineral, por el contrario, yo me encontraba orientado en la dirección de lo “planetario”. Me desperté a la noción del “Tejido de las Cosas”. [...]

Más tarde, cuando estudiaba Geología, se podría creer que yo intentaba sencillamente, con convicción y con éxito, considerar las posibilidades de una carre-

ra científica. Pero, en realidad, lo que durante toda mi vida me conduciría irresistiblemente [...] al estudio de las grandes masas eruptivas y de las plataformas continentales no fue otra cosa que una insaciable necesidad de mantener el contacto (*un contacto de comunión*) con una suerte de raíz, o de matriz, universal de los seres.

De hecho, incluso en lo más elevado de mi trayectoria espiritual, yo no me sentí nunca bien a no ser bañado en un océano de Materia...

Despertar y dilatación de un Sentido dominante y victorioso del Todo, a partir del Sentido de la Consistencia.

Hacia los veinte años de mi vida (después de mi partida para la universidad hasta mi entrada en el teologado de Hastings, Inglaterra) encuentro distintamente, en mis recuerdos, las huellas ininterrumpidas de esta transformación profunda. Durante este periodo, como explicaré más adelante, el objeto material de mi alegría secreta pudo variar con la edad. Además, en mi existencia se produjo una ruptura importante (la entrada en la vida religiosa). Pero estos diversos acontecimientos no fueron, lo veo actualmente, más que ondas secundarias y superficiales de la corriente de fondo representada por mi despertar al Sentido y a la Vida cósmicos. Operación interior poderosa, en cuyo transcurso me vi poco a poco invadido, impregnado y refundido por completo, bajo el efecto de una suerte de metamorfismo psíquico donde pasó aparentemente lo más claro de las energías liberadas por mi llegada a la pubertad.

Me resultaría difícil encontrar, o al menos hacer comprender detalladamente, la complicada historia según la cual, en esta época de mi vida, se formaron y comenzaron a tejerse los diversos hilos con los que un día debería encontrarse trenzado para mí el Tejido universal. [...]

Y, en primer lugar, naturalmente, formando el nudo sólido y permanente del sistema, el gusto por lo Geológico. La primacía de la Materia-Materia, que se expresa en el Mineral y en la Roca. No voy a analizar aquí de nuevo [...] el lugar axial ocupado invariablemente por la pasión y la ciencia “de las Piedras” a lo largo de mi embrio-génesis espiritual.

En el centro de mis preocupaciones y de mis secretas alegrías —entre los diez y los treinta años— el contacto, mantenido y desarrollado, con lo Cósmico “en estado sólido”. Pero ya alrededor, semiaccesoriamente, la naciente atracción de la Naturaleza vegetal y animal; y muy al fondo, un buen día (al final del periodo), la iniciación en las grandezas menos tangibles (¡pero cuánto más incitantes!) sacadas a la luz por las investigaciones de la Física. De una parte y otra de la Materia, la Vida y la Energía: las tres columnas de mi visión y mi bienaventuranza interiores.

Debido a su fragilidad aparente [...], el Mundo vivo inquietó y desconcertó con fuerza mi infancia. Por una parte, hacia las Plantas y los Animales, en cuyo conocimiento me iniciaban la vida en el campo y los gustos naturalistas de mi padre, yo me sentía atraído,

indiscutiblemente, por mi alarma habitual, “el Sentido de la Plenitud”. Por otra parte, para justificar ante mí mismo el interés que despertaban en mí objetos tan escandalosamente inconsistentes y destructibles como una flor o un insecto, me creé (¿o descubrí en mí?) ciertas equivalencias misteriosas, cuyo vínculo psicológico quizá no sea inmediatamente obvio, pero que despertaban en mí una misma impresión de satisfacción intensa: en lugar de lo Sólido y de lo Inalterable, lo Nuevo o lo Raro. Hasta tal punto que, durante años, la búsqueda (en zoología o en paleontología) de “la especie nueva” (término que ahora me hace sonreír) resultó ser uno de los ejes más importantes de mi vida interior. [Me habría desviado...] si no hubiera sido primero por mi sentido dominante de lo Universal, que ni siquiera en la satisfacción de poner la mano en la muestra más valiosa me permitía apreciar, en el fondo, sino la alegría de un contacto más íntimo [...] con lo que más tarde se convertiría para mí en “la Biósfera”; y si no hubiera sido después por la impresión decisiva ejercida sobre mi espíritu, en el momento favorable, por el encuentro con la Física y los físicos.

Durante tres años solamente, en Jersey —y después durante otros tres años, en El Cairo (1906-1908)— estudié [...] y enseñé [...] una física bastante elemental: la física anterior a los Quanta, la Relatividad y la estructura del Átomo. Esto significa que, en este ámbito, yo no soy técnicamente más que un amateur, un profano. Y,

sin embargo, ¿cómo expresar hasta qué punto, precisamente en este mundo de los electrones, de los núcleos, de las ondas, yo me siento “en mi casa”, plenificado y a gusto ... ? Lo Consistente, lo Total, lo Único, lo Esencial de mis sueños de la infancia, ¿no está en las vastas realidades cósmicas (Masa, Permeabilidad, Radiación, Curvaturas, etcétera) donde el Tejido de las Cosas se revela a nuestra experiencia bajo una forma a la vez indefinidamente elemental e indefinidamente geometrizable? ¿No fue en esta misteriosa Gravedad (cuyo secreto, según la cándida promesa que hice a la edad de 22 años, más tarde me dedicaría a forzar) donde encontré los “arquetipos” [...] que, hasta en lo Crístico, me sirven todavía hoy para expresarme a mí mismo?

Entre el Mundo de los Animales y el Mundo de las Fuerzas, como un cimiento fundamental, el Mundo de las Piedras. Y, por encima de este conjunto sólidamente unido —unas veces semejante a una rica tela, y otras a una atmósfera nutritiva—, una primera oleada de exotismo que cae sobre mí: el Oriente entrevisto y “bebido” ávidamente, no precisamente en sus pueblos y en su historia (todavía sin interés para mí), sino en su luz, su vegetación, su fauna y sus desiertos ... Éste era, cuando yo tenía unos 28 años, el complejo espiritual, un tanto confuso, en el seno del cual fermentaba, sin llegar todavía a lanzar una llama bien definida, mi amor apasionado por el Universo.

De hecho, sin darme cuenta de ello, había llegado entonces, en el curso de mi despertar a la Vida Cósmi-

ca, a un punto muerto del que no podía salir sin la intervención de una fuerza o luz nueva. Punto muerto. O, más bien, sutil inclinación a derivar hacia una forma inferior (la forma corriente y fácil) del Espíritu panteísta: el panteísmo de efusión y de disolución.

Descubrimiento de la evolución

Fue durante mis años de estudios teológicos en Hastings (es decir, justo después de los encantamientos de Egipto) cuando, poco a poco —mucho menos como una noción abstracta que como *una presencia*—, creció en mí, hasta invadir mi cielo interior por completo, la conciencia de una Deriva profunda, ontológica, total, del Universo en torno a mí.

¿Bajo qué influencias o qué choque, siguiendo qué proceso y por qué etapas, apareció este sentimiento y echó raíces tan profundas en mí? ... [...] Recuerdo claramente cómo leí con avidez, en aquel periodo, *La evolución creadora* [de Bergson]. [...] Discierno claramente que el efecto que produjeron en mí esas páginas ardientes no fue más que el de atizar en el momento querido, y en un corto instante, un fuego que devoraba ya mi corazón y mi espíritu. Fuego encendido, imagino, por la simple yuxtaposición en mí, bajo una alta tensión “monista”, de tres elementos incendiarios que durante treinta años se

habían acumulado lentamente en lo más íntimo de mi alma: culto a la Materia, culto a la Vida, culto a la Energía. Y los tres encontraban una salida y una síntesis posible en un Mundo que había partido de la condición dividida de Cosmos estático y se encontraba de repente (por adquisición de una dimensión más) entrando en el estado y la dignidad orgánicos de una Cosmogénesis.

En estos comienzos, como corresponde, yo estaba muy lejos de comprender y apreciar claramente la importancia del cambio que se operaba en mí. Todo lo que recuerdo de entonces (además de esa palabra mágica, “evolución”, que sin cesar volvía a mi pensamiento como un estribillo, como un sabor, como una promesa y como una llamada...), todo lo que recuerdo, decía, es la densidad e intensidad extraordinarias que, hacia esta época, tuvieron para mí los paisajes de Inglaterra —al ponerse el sol sobre todo—, cuando los bosques de Sussex diríase que se cargaban de toda la Vida “fósil” que yo perseguía entonces, de tajo en cantera, en las arcillas wealdenses. En verdad había momentos en que me parecía que una especie de ser universal iba súbitamente a tomar figura ante mis ojos, en la Naturaleza. Pero esto ya no se dirigía, como en otro tiempo, hacia algo “ultramaterial”; al contrario, yo trataba de captar y fijar el Inefable Ambiente en la dirección de algo “ultravivo”... Era como si el Sentido de la Plenitud se hubiera invertido en mí. Y desde en-

tonces no he dejado nunca de mirar y de avanzar según esta orientación nueva.

Insistamos un poco más en este cambio radical y este descubrimiento.

Mi educación y mi religión me habían llevado a admitir siempre dócilmente hasta entonces —por lo demás, sin reflexionar mucho sobre ello— una heterogeneidad de fondo entre Materia y Espíritu. Cuerpo y Alma, Inconsciente y Consciente: dos “sustancias” de naturaleza diferente, dos “especies” de Ser incomprensiblemente asociadas en el Compuesto vivo, y a propósito de las cuales era necesario a toda costa, se me aseguraba, mantener que la primera (¡mi divina Materia!) no era más que la sierva humilde (por no decir la adversaria) de la segunda. Por este motivo, ésta (es decir, el Espíritu) se encontraba reducida ante mis ojos a no ser más que una Sombra. Es cierto que tenía que venerarla por principio, pero en realidad yo no sentía hacia ella (emotiva e intelectualmente hablando) ningún interés vital. Como consecuencia, se puede imaginar mi impresión interior de liberación y expansión cuando, en mis primeros pasos, aún vacilantes, hacia un Universo “evolutivo”, comprobé que el dualismo en que me habían mantenido hasta entonces se disipaba como niebla ante el sol naciente. Materia y Espíritu no son en modo alguno dos cosas, sino dos *estados*, dos caras de un mismo Tejido cósmico, según se le mire, o se le prolongue, en el sentido en que (como habría

dicho Bergson) se hace o, por el contrario, en el sentido en que se deshace.

“Hacerse” o “deshacerse”: expresiones terriblemente vagas todavía, indiscutiblemente —tendrían que pasar varias décadas para que adquirieran un significado preciso en mi mente—, pero expresiones suficientes, a su manera, para fijarme ya desde entonces en una actitud u opción que debía dominar todo el resto de mi desarrollo interior, y cuyas características principales pueden definirse con estas simples palabras: la primacía del Espíritu o la primacía del Porvenir —que viene a ser lo mismo—.

Es indudable que, estrictamente hablando, el simple hecho de haber visto desvanecerse la pretendida barrera que separaba el Interior de las cosas de su Exterior —o el mero hecho de constatar que, una vez saltada la barrera, se establece una corriente, experimental y tangiblemente, que va de lo menos consciente a lo más consciente en la Naturaleza—, este hecho, lo admito, no basta por sí solo para establecer rigurosamente una superioridad absoluta de lo Animado sobre lo Inanimado, de la Psique sobre el Soma. En efecto, ¿por qué no debería balancearse el Cosmos indiferentemente, de un polo al otro? O bien, después de un cierto número de oscilaciones, ¿por qué no debería fijarse al final de la carrera, inmutablemente, en la posición de la Materia?... ¿No podían ser éstas otras fórmulas concebibles de la Evolución?

Es notable que en un primer momento no se suscitaban estas diversas cuestiones, que debían plantearse inevitablemente más adelante (y que considero haber resuelto, al menos para mi uso personal). [...]

Necesitaría toda una vida para apreciar (¡y, aun así, de manera muy incompleta!) lo que esta transposición de valor (¡lo que este cambio en la noción misma de Espíritu!) tenía —para la inteligencia, la oración y la acción— de inagotablemente constructivo ... y revolucionario a la vez.

La potencia espiritual de la materia

“Empápate de la Materia [...], báñate en sus capas ardientes, porque ella es la fuente y la juventud de tu vida.

¡Ah! ¡Tú creías poder prescindir de ella porque se ha encendido en ti el pensamiento! ¡Esperabas estar tanto más próximo al Espíritu cuanto más cuidadosamente rechazases lo que se palpa; más divino si vivieses en la idea pura; más angélico, al menos, si huyeses de los cuerpos!

¡Pues bien! ¡Te has visto morir de hambre!

Necesitas aceite para tus miembros, sangre para tus venas, agua para tu alma, de lo Real para tu inteligencia; todo eso lo necesitas en virtud de la misma ley de tu naturaleza, ¿lo comprendes bien? ... [...]

No digas nunca, como hacen algunos: ‘¡La Materia está gastada, la Materia está muerta!’. Hasta el último

instante de los Siglos, la Materia será joven y exuberante, resplandeciente y nueva para quien quiera.

No repitas tampoco: '¡La Materia está condenada, la Materia está muerta!'. Vino alguien que dijo: 'Beberán veneno y no les causará daño'. Y también: 'La vida saldrá de la muerte', y, finalmente, pronunciando la palabra definitiva de mi liberación: 'Éste es mi Cuerpo'.

No, la pureza no consiste en la separación, sino en una penetración más profunda del Universo. Consiste en el amor de la única Esencia, incircunscrita, que penetra y actúa en todas las cosas por dentro, más allá de la zona mortal en que se agitan las personas y los números. *Radica en un casto contacto con aquel que es 'el mismo en todos'.*

¡Qué hermoso es el Espíritu cuando se eleva adornado con las riquezas de la Tierra!

¡Báñate en la Materia! [...] ¡Sumérgete en ella, allí donde es más impetuosa y más profunda! ¡Lucha en su corriente y bebe sus olas! ¡Ella es quien ha mecido en otro tiempo tu inconsciencia; ella quien te llevará hasta Dios!" [...]

El Hombre se vio en el centro de una copa inmensa, cuyos bordes se cerraban en torno a él.

Entonces la fiebre de la lucha substituyó en su corazón a una irresistible pasión de *sufrir*, y descubrió en un destello, siempre presente en torno a él, al *único necesario*.

Comprendió para siempre que el Hombre, lo mismo que el átomo, no tiene valor más que en la parte de sí mismo que pasa al Universo.

Vio con una evidencia absoluta la vacía fragilidad de las más hermosas teorías, comparadas con la plenitud definitiva del menor *fiat*, tomado en su realidad concreta y total.

Contempló con una claridad despiadada la despreciable pretensión de los Humanos por arreglar el Mundo, por imponerle sus dogmas, sus medidas y sus convenciones.

Saboreó hasta la náusea la banalidad de sus goces y de sus penas, el mezquino egoísmo de sus preocupaciones, la insipidez de sus pasiones, la disminución de su poder de sentir.

Tuvo compasión de quienes se azaran ante un siglo o no saben amar nada fuera de su país.

Tantas cosas que le habían turbado o hecho rebelarse en otras ocasiones, los discursos y los juicios de los doctores, sus afirmaciones y sus prohibiciones, prohibir al Universo que se mueva ...

... Todo eso le pareció ridículo, inexistente, comparado con la Realidad majestuosa, desbordante de Energía, que se revelaba ante él, universal en su presencia, inmutable en su verdad, implacable en su desarrollo, inalterable en su serenidad, maternal y segura en su protección. [...]

Sí, tenía conciencia de ello: incluso para sus hermanos en Dios, mejores que él, hablaría inevitablemente una lengua incomprensible; él, a quien el Señor había decidido a emprender el camino del Fuego. Incluso

para aquellos a quienes más amaba, su afecto sería una carga, porque le verían buscando inevitablemente algo detrás de ellos.

Desde el momento en que la Materia, despojándose de su velo de agitación y de multitud, le descubrió su gloriosa unidad, entre los demás y él existía ahora un caos. Desde el momento en que había desligado para siempre su corazón de todo lo que es local, individual, fragmentario, sólo ella, en su totalidad, sería en adelante para él su padre, su madre, su familia, su raza, su única y ardiente pasión.

Y nadie en el mundo podría nada contra ello.

Apartando resueltamente los ojos de lo que huía, se abandonó, con una fe desbordante, al soplo que arrebató el Universo.

Ahora bien, he aquí que en el seno del torbellino crecía una luz que tenía la dulzura y la movilidad de una mirada ... Se infundía un calor que no era ya la dura irradiación de un hogar, sino la rica emanación de una carne ... La inmensidad ciega y salvaje se hacía expresiva, personal. Sus capas amorfas se plegaban siguiendo los rasgos de un rostro inefable.

Por todas partes se dibujaba un Ser, seductor como un alma, palpable como un cuerpo, vasto como el cielo, un Ser entremezclado con las cosas aun cuando distinto de ellas, superior a la sustancia de las cosas, con la que estaba revestido y, sin embargo, adoptando una figura en ellas ...

El Oriente nacía en el corazón del Mundo.

Dios irradiaba en la cúspide de la Materia, cuyas oleadas le traían el Espíritu.

El Hombre cayó de rodillas en el carro de fuego que le arrebatava.

Y dijo esto:

Himno a la materia

“Bendita seas tú, áspera Materia, gleba estéril, dura roca, tú que no cedes más que a la violencia y nos obligas a trabajar si queremos comer.

Bendita seas, peligrosa Materia, mar violenta, indomable pasión, tú que nos devoras si no te encadenamos.

Bendita seas, poderosa Materia, evolución irresistible, realidad siempre naciente, tú que haces estallar en cada momento nuestros esquemas y nos obligas a buscar cada vez más lejos la verdad.

Bendita seas, universal Materia, duración sin límites, éter sin orillas, triple abismo de las estrellas, de los átomos y de las generaciones, tú que desbordas y disuelves nuestras estrechas medidas y nos revelas las dimensiones de Dios.

Bendita seas, impenetrable Materia, tú que, tendida por todas partes entre nuestras almas y el Mundo de las Esencias, nos haces consumir en el deseo de atravesar el velo inconsútil de los fenómenos.

Bendita seas, mortal Materia, tú que, disociándote un día en nosotros, nos introducirás, por fuerza, en el corazón mismo de lo que es.

Sin ti, Materia, sin tus ataques, sin tus arranques, viviríamos inertes, estancados, pueriles, ignorantes de nosotros mismos y de Dios. Tú que castigas y que curas, tú que resistes y que cedes, tú que trastocas y que construyes, tú que encadenas y que liberas, savia de nuestras almas, mano de Dios, carne de Cristo, Materia, yo te bendigo.

Yo te bendigo, Materia, y te saludo, no como te describen, reducida o desfigurada, los pontífices de la ciencia y los predicadores de la virtud, un amasijo, dicen, de fuerzas brutales o de bajos apetitos, sino como te me apareces hoy, *en tu totalidad y tu verdad*. [...]

Te saludo, medio divino, cargado de poder creador, océano agitado por el Espíritu, arcilla amasada y animada por el Verbo encarnado. [...]

¡Arrebátame, Materia, allá arriba, mediante el esfuerzo, la separación y la muerte; arrebátame allí donde al fin sea posible abrazar castamente al Universo!"

Comunión con la Tierra, la gran Madre

El primer impulso del hombre que, habiéndose abierto a la conciencia del Cosmos, ha realizado el ademán de arrojarle en él es el de *dejarse mecer* como un niño por la gran Madre entre cuyos brazos acaba de despertarse.

En esta actitud de abandono —simple emoción estética en unos, regla de vida práctica, sistema de pensamiento y aun de religión en otros— yace la raíz común de todos los panteísmos paganos.

La revelación esencial del paganismo consiste en que todo en el Universo es uniformemente verdadero y precioso, hasta tal punto que debe llevarse a cabo la fusión del individuo con el todo, *sin distinción y sin corrección*. Todo cuanto actúa, se mueve o respira, toda energía física, astral, animada, toda parcela de Fuerza, toda chispa de Vida, es igualmente sagrado; porque en el átomo más humilde y en la estrella más brillante, en el insecto más vil y en la más bella inteligencia, sonríe y se agita el *mismo Absoluto*, el único al que importa adherirse mediante una entrega directa y profunda que penetra y rechaza como apariencias las más sustanciales determinaciones de lo real. [...]

Tal es, en efecto, la singularidad de las concepciones panteístas y paganas, que hace que la equivalencia fundamental introducida por ellas entre todo lo que existe acabe favoreciendo, con detrimento de la vida consciente y personal, los modos de ser incoativos y difusivos de las mónadas inferiores. [...]

... Un día, encarado con las tristes extensiones del desierto, cuyas planicies escalonaban sus peldaños violetas, hasta perderse de vista, hacia horizontes salvajemente exóticos; ante el mar insondable y vacío cuyas olas, sin tregua, se movían en su innumerable sonrisa; en medio de la espesura de un bosque cuya sombra, cargada de

vida, parecía querer disolverme entre sus profundos y cálidos pliegues, tal vez me ha asaltado un fuerte deseo de ir a encontrar lejos de los hombres, lejos del esfuerzo, la región de las inmensidades que mecen e invaden, allí donde mi actividad, demasiado zarandeada, se iría deteniendo, cada vez más, indefinidamente... Y entonces toda mi sensibilidad se ha alertado, como ante la proximidad de un dios de la fácil felicidad y de la embriaguez, porque era la Materia lo que allí me llamaba. Como a todos los hijos de los hombres, me repetía entonces a mí la palabra que escucha cada generación: me solicitaba para que, dejándome ir hacia ella sin reservas, la adorase.

¿Y por qué no habría yo de adorarla de hecho a ella, la Estable, la Grande, la Rica, la Madre, la Divina? ¿Acaso no es eterna e inmensa a su modo? ¿Acaso nuestra imaginación no se niega a concebir su ausencia, lo mismo en el lejano extremo del espacio que en el retroceso indefinido de los siglos? ¿No es la sustancia única y universal, la fluidez etérea que todas las cosas se reparten sin disminuirla ni romperla? ¿No es ella, la *Terra Mater*, la generadora absolutamente fecunda, la que contiene las semillas de toda vida y el alimento de toda alegría? ¿No es ella a la vez el origen común de los Seres y el único Término que podemos imaginar, la Esencia primitiva e indestructible de donde todo emana y adonde todo vuelve, el punto de partida de todo crecimiento y el límite de toda dispersión? Todos estos distintos atributos que la filosofía espiritualista proyecta fuera del Universo, ¿no sería más

bien en el polo opuesto, en las profundidades del Mundo, donde se realizan y tienen que ser alcanzados, en el seno de la Materia divina? [...]

Así pues, es posible que en la seducción de las primeras alegrías y del primer encuentro yo haya dado crédito a los centelleos, a los perfumes, a los espacios libres, a los abismos, y que me haya confiado a la Materia. He querido comprobar si, de acuerdo con las vastas esperanzas depositadas en mi corazón por el “despertar cósmico”, podía, entregándome a aquélla, llegar hasta el corazón de las Cosas, encontrar el alma del Mundo a fuerza de perderme en sus abrazos. He intentado con toda mi fogosidad esta experiencia sin desconfianza alguna, incapaz de suponer que la verdad pudiera no coincidir con el encantamiento de los sentidos y el amortiguamiento del dolor. Y he aquí que, a medida que me dejaba deslizar progresivamente hacia el centro, cada vez más desplegado y más distendido respecto de la Conciencia inicial, advertía que la luz de la vida se iba oscureciendo en mi interior.

Me sentí, de pronto, menos sociable. Porque la Materia es celosa y no quiere testigos para el adepto de sus misterios. [...]

[Ahora bien, lo que sucedió fue esto:] De acuerdo con la lógica ineluctable que encadena las fases de nuestra acción, se descubrió que una menor sociabilidad en mí preparaba una personalidad también menor. Quien encuentra demasiado gravoso soportar a su prójimo, ¿no será que ya está fatigado de soportarse a sí mismo? Me

sorprendí a mí mismo buscando la manera de disminuir el esfuerzo que todo viviente debe desarrollar para seguir siendo él mismo; me sentía feliz al advertir cómo se reducían mis responsabilidades: percibía en mí hasta el extremo el crecimiento del culto de las pasividades. [...] Y así fue como, de un golpe inesperado, en medio de los espacios mudos y vírgenes, se traicionó a sí misma. Un día comprendí el sentido de las palabras que me decía y que hacían agrietarse las profundidades mal conocidas de mi ser, a la espera de algún gran y beatificante reposo; caí en la cuenta de que me decía: “Un esfuerzo menor”. [...]

Fue entonces cuando la fe en la Vida me salvó.

¡La Vida! ¿Adónde acudiríamos en ciertas horas de extrema turbación, sino al último criterio, a la suprema decisión de su logro y de sus caminos? Cuando vacilan todas las certidumbres, balbucean todas las palabras, se vuelven sospechosos todos los principios, ¿a qué última creencia asir nuestra existencia interior a la deriva, sino a ésta: que *existe un sentido absoluto de crecimiento* al que nuestro deber y nuestra felicidad piden que nos conformemos, y que la *Vida camina en ese sentido*, en la dirección más recta? Sí; precisamente por haber mirado tan prolongadamente la Naturaleza y haber amado tanto su rostro, he podido leer sin ambigüedad en su corazón; precisamente por ello, hay para mí una convicción infinitamente dulce y tenaz, profunda y querida; la más humilde, pero también la más fundamental en todo el edificio de mis certidumbres: *la Vida no engaña*, ni en su

transcurso ni en su Término. Sin duda que no nos define intelectualmente ningún Dios, ningún dogma; pero nos muestra el camino por el que vendrán hacia nosotros todos aquellos que no son ni mentiras ni ídolos; nos indica hacia qué región del horizonte es preciso singlar para lograr ver surgir y aumentar la luz. Estoy seguro de ello en virtud de toda mi experiencia y de toda mi sed de mayor felicidad: hay un más-ser, un mejor-ser *absolutos* que se llama progreso en la conciencia, en la libertad, en la moralidad; y tales grados superiores de existencia adquieren consistencia por medio de la concentración, la depuración, el máximo esfuerzo. [...]

La auténtica llamada del Cosmos es una invitación a venir a participar conscientemente en la gran tarea que se lleva a cabo en su seno: no es descendiendo la corriente de las cosas como llegaremos a unirnos a su alma única, sino luchando con ellas por un Término que ha de venir.

Inmersos en la acción creadora de Dios

“El Mundo sigue creándose, y en él es Cristo quien se ultima...”. Al escuchar y comprender esta palabra, he abierto los ojos y he advertido, como en un éxtasis, que me hallaba *sumergido en Dios por toda la Naturaleza*. Todo el tejido inextricable y compacto de las relaciones materiales, todo el *plexus* de las corrientes fundamentales, estaba allí de nuevo ante mí, como a la hora del primer despertar, pero

animado y transfigurado: porque sus servidumbres, sus encantos, sus incitaciones innumerables aparecían ante mi vista iluminadas, santificadas, divinizadas, lo mismo en su modo de obrar que en su porvenir. “Dios está en todas partes, Dios está en todas partes” (santa Angela de Foligno). [...]

Cada efluvio que me atraviesa, me envuelve o me cautiva, emana, en definitiva, del corazón de Dios; transporta, a la manera de una energía sutil y esencial, las pulsaciones de la Voluntad de Dios. Cada encuentro que me acaricia, me aguijonea, me contraría, me ofende o me hiere, es un contacto de la mano multiforme, pero siempre adorable, de Dios. Cada elemento que me constituye, desborda de Dios. Al abandonarme a los abrazos del Universo visible y palpable, puedo comulgar con el Invisible purificante e incorporarme al Espíritu inmaculado.

Dios vibra en el Éter; y a través de él se insinúa hasta la médula de mi sustancia material. Todos los cuerpos se unen por Él, se influyen y se sostienen en la unidad de la Esfera total, cuya superficie no puede ser imaginada por nosotros ...

Dios actúa en la Vida. La ayuda, la levanta, le da el impulso que la acosa, el apetito que la atrae, el crecimiento que la transforma. Le siento, y Le toco, y Le “vivo”, en la profunda corriente biológica que circula en mi alma y se la lleva consigo.

Dios transparece y se personifica en la Humanidad. Le soporto en mi hermano; le oigo hablar en las órdenes

superiores, y luego, de nuevo, como en una segunda zona material, encuentro y experimento el contacto dominador y penetrante de Su mano, en el nivel superior de las energías colectivas y sociales.

Cuanto más desciendo dentro de mí, tanto más encuentro a Dios en el corazón de mi ser; cuanto más multiplico las conexiones que me vinculan a las Cosas, tanto más estrechamente me aprieta Él —Dios, que prosigue en mí la Obra, tan amplia como la totalidad de los siglos, de la Encarnación de su Hijo—.

Benditas pasividades que me enlazan por cada una de las fibras de mi cuerpo y de mi alma, Santa Vida, Santa Materia, por cuyo medio comulgo, al mismo tiempo que con la Gracia, con la génesis de Cristo, puesto que, al perderme dócilmente en vuestros amplios pliegues, nado en la Acción creadora de Dios, cuya Mano no ha cesado nunca, desde el comienzo, de modelar la arcilla humana destinada a formar el Cuerpo de su Hijo; yo me entrego a su dominación; me pongo en sus manos, los acepto y los amo. Soy dichoso de que Otro me ate y me haga ir adonde yo no querría. Bendigo las circunstancias, los favores, las fatalidades de mi carrera. Bendigo mi carácter, mis virtudes, mis defectos... mis taras. Me amo tal como me he recibido y tal como mi destino me forma. Mejor aún, intento adivinar y sorprender los soplos más tenues que me solicitan, para extender hacia ellos ampliamente mis velas. [...]

... Y en esta primera visión fundamental se esboza ya la reconciliación del Reino de Dios y del amor cósmico: el seno maternal de la Tierra es algo del seno de Dios.

Ahora bien, nosotros no somos sólo las criaturas acunadas y alimentadas por la *Gaia meter* [Madre Tierra]. Como niños convertidos en adultos, tenemos que saber caminar solos y ayudar activamente a quien nos ha sostenido. Si, por tanto, nos hallamos resueltos a plégarnos integralmente a las voluntades divinas inscritas en las leyes de la Naturaleza, nuestra obediencia tiene que arrojarlos al esfuerzo positivo, nuestro culto de las pasividades desemboca en la pasión del trabajo. Con tanto más ardor cuanto que no se trata solamente, a nuestros ojos, de promover una obra humana, sino de llevar a término de alguna manera a Cristo, debemos consagrarnos, incluso en el terreno natural, al cultivo del Mundo. [...]

Estrictamente hablando, no sería indispensable, para la verdad de esta tesis, que definiéramos en qué es en lo que el perfeccionamiento natural y artificial del Mundo puede contribuir a la plenitud de Cristo. Desde el momento en que el Progreso inmanente es el Alma natural de Cosmos, y que el Cosmos, su vez, se halla centrado en Jesús, ha de admitirse como demostrado que, de una o de otra manera, la colaboración al Devenir cósmico constituye una parte esencial y primaria de los deberes del cristiano. Con su único y mismo impulso, la

Naturaleza se embellece y el Cuerpo de Cristo alcanza su desarrollo total. [...]

La Evolución natural [...] parece hallarse ahora absorbida por los cuidados del alma; de orgánica y fatal, sobre todo, se ha convertido en predominantemente psicológica y consciente. Pero no está muerta; su brazo no se ha debilitado en absoluto. [...] ¿Quién sabe *qué sorprendentes especies y rasgos* naturales serán capaces de hacer nacer en el alma los perseverantes esfuerzos de la Ciencia, de la Moral, de la Ciencia social, sin las que la belleza y la perfección del Cuerpo místico no llegarían a su término? ...

Vayamos hasta el límite de nuestras ambiciones humanas. Hasta ahora habíamos renunciado a salvar lo que hubiera de absoluto en el Tronco cósmico del que se desprenden las almas maduras. Pero ¿por qué esa pusilanimidad en nuestras concepciones y con qué derecho? Toda la economía de la Iglesia, con sus dogmas y sus sacramentos, nos enseña el respeto y el valor de la Materia. Cristo quiso y tuvo que asumir una carne auténtica. Santifica la nuestra mediante un contacto especial. Prepara de esa manera físicamente la Resurrección. En la concepción cristiana, por tanto, *la Materia conserva su papel cósmico de base inferior, pero primordial y esencial, de la Unión*; y, por asimilación al Cuerpo de Cristo, hay algo de la Materia misma destinado a pasar a los fundamentos y a los muros de la Jerusalén celeste. [...]

¿Por qué *el anhelo de Progreso y el culto de la Tierra*, si se les señala como término la culminación en Cristo, no habrían de transformarse, de parecida manera, en una *gran Virtud* innominada, que sería *la forma más general del amor de Dios, encontrado y servido en la Creación?* [...]

Oremos

¡Oh, Cristo Jesús, verdaderamente contienes en tu benignidad y en tu humanidad toda la implacable grandeza del Mundo. Y precisamente por eso, por esta inefable síntesis realizada en Ti, de lo que nuestra experiencia y nuestro pensamiento jamás hubieran osado reunir en su adoración: el elemento y la Totalidad, la Unidad y la Multitud, el Espíritu y la Materia, lo Infinito y lo Personal —por los contornos indefinibles que esta complejidad proporciona a tu Figura y a tu acción—, por eso es por lo que mi corazón, prendado de las realidades cósmicas, se entrega apasionadamente a Ti!

Te amo, Jesús, por la Multitud que en Ti late, y que se escucha, con todos los otros seres, susurrar, orar, llorar, cuando nos apretamos estrechamente a Ti. [...]

Te amo como la Fuente, el Medio activo y vivificante, el Término y Desenlace del Mundo, incluso natural, en su Devenir.

Centro en el que todo se reúne y que se distiende sobre todas las cosas para compendiarlas en sí, te amo por

las prolongaciones de tu Cuerpo y de tu Alma en toda la Creación, por la Gracia, la Vida, la Materia.

Jesús, dulce como un Corazón, ardiente como una Fuerza, íntimo como una Vida, Jesús en quien puedo fundirme, con quien he de dominar y de liberarme, te amo *como un Mundo*, como el Mundo que me ha seducido, y eres Tú, yo lo veo ahora, a quien los hombres, mis hermanos, incluso aquellos que no creen, sienten y buscan a través de la magia del inmenso Cosmos.

Jesús, centro hacia el que todo se mueve, dignate concedernos a todos, si es posible, un pequeño rincón entre las mónadas escogidas y santas que, una vez desprendidas una a una del caos actual por tu solicitud, se agregan lentamente en Ti en la unidad de la nueva Tierra...

Vivir de la vida cósmica es vivir con la conciencia dominante de que se es un átomo del cuerpo de Cristo místico y cósmico. Quien vive así tiene en nada una multitud de preocupaciones que para otros resultan absorbentes; vive más distante, y su corazón está siempre más abierto...

Éste es mi testamento de intelectual.

2. Vivir en el Medio Divino

El ser humano dentro del Universo

Hoy el Hombre (o más exactamente lo *Humano*) forma la base sobre la que se apoya, se articula, halla su cohesión y se mueve el edificio entero de mi Universo interior. No obstante, lo humano no se encontró, según mis perspectivas, en esta posición cardinal desde el primer momento, sino tras mucha resistencia. [...]

Cuanto más se afirmaban y crecían en mi pensamiento la primacía y la atracción de lo Cósmico, tanto más me desviaba y me turbaba, por contraste, lo Humano, por la preponderancia que adquirirían en su nivel “lo individual”, “lo accidental”, “lo artificial”... En el Hombre ¿acaso lo Plural no rompía y desgarraba inevitable y desastrosamente lo Universal y lo Total?... El árbol ¿dejaba todavía, no digo sólo *ver*, sino *subsistir* el bosque? [...]

Sólo, si no me equivoco, en una memoria sobre el Hombre escrita hacia 1927, es decir, después de mi primer viaje a China, me permití por primera vez —por simetría con la Biósfera de Suess— hablar de *Noósfera* para designar la envoltura pensante de la Tierra. Pero si la palabra, en mis escritos, no aparece hasta esta fecha relativamente tardía, la visión había germinado en mi mente

diez años antes, en el contacto prolongado con las enormes masas humanas que, desde el Isère hasta Verdún, se enfrentaban entonces en las trincheras de Francia.

La atmósfera del “Frente”...

No fue por haber estado sumergido allí —por haberme impregnado en ella durante muchos meses—, precisamente allí donde estaba más cargada, donde era más densa, por lo que decididamente dejé de percibir ninguna ruptura (si no ninguna diferencia) entre “físico” y “moral”, ente “natural” y “artificial”: el “Millón de hombres”, con su temperatura psíquica y su energía interna, se convirtió para mí en una magnitud tan evolutivamente real y, por tanto, también biológica, como una gigantesca molécula de proteína. Después me he visto muchas veces sorprendido al comprobar a mi alrededor, en los contradictores, una impotencia completa para concebir que el individuo humano, por el hecho mismo de que representa una “magnitud corpuscular”, *debe*, como cualquier otra especie de corpúsculos en el Mundo, encontrarse comprometido en ligazones y agrupaciones físicas que pertenecen a un orden superior al suyo [...]. A propósito de este don, o facultad, todavía relativamente raro, de *percibir*, sin *ver* realmente, la realidad y la organicidad de las magnitudes colectivas..., fue indudablemente, lo repito, la experiencia de la Guerra la que me hizo tomar conciencia de ello y lo desarrolló en mí *como un sexto sentido*.

Ahora bien, una vez que adquirí este sentido suplementario, lo que surgió ante mis ojos fue, literalmente, un

nuevo Universo: al lado (o por encima) del Universo de las grandes Masas, el Universo [...] de los grandes Complejos. En la Tierra, mi instinto primero habría sido, originariamente, considerar con predilección lo más central y lo más pesado —la “Barisfera”, podríamos decir— ... A la sazón, mi atención y mi interés (siempre polarizados por la misma necesidad fundamental de Solidez y de Incorruptión) estaban poco a poco remontando, como deslizándose, del núcleo central muy simple a los estratos periféricos, ridículamente delgados, pero formidablemente activos y complejos, del Planeta. No sólo no experimentaba ya ninguna dificultad para captar intuitivamente de alguna manera la unidad orgánica de la membrana viva extendida como una película sobre la superficie iluminada del planeta en que vivimos, sino que en torno a este estrato protoplásmico sensible empezó a aparecer ante mí, individualizándose y separándose poco a poco, como un *aura* luminosa, una última envoltura —envoltura no ya sólo consciente, sino también pensante— donde, en adelante, ya no dejaría de concentrarse ante mis ojos con una intensidad y una consistencia crecientes, la esencia o, mejor dicho, el Alma misma de la Tierra. [...]

Recubriendo la muchedumbre desordenada de los seres vivos, la Unicidad humana ...

Por sí sola, esta notable singularidad en la cohesión era suficiente para atraer y fascinar mi gusto por lo Cósmico-captado-bajo-sus formas-extremas. No obs-

tante, no era, en la historia de mi descubrimiento de lo Humano, más que una primera aproximación o, si se prefiere, una primera apertura que iluminaba, como por tres grados, la naturaleza misma del Tejido noosférico considerado en su estructura profunda.

En un primer momento, una predisposición primordial, *sui generis*, de la sustancia cósmica para ordenarse y enrollarse sobre sí misma.

En el camino, para un cierto valor de ordenación físico-química de la Materia vitalizada, un punto crítico “de Reflexión”, que desencadenaba el cortejo entero de las propiedades específicas de lo Humano.

Por último, extendidos, por efecto de la Reflexión, en la médula misma de lo noosférico, una exigencia y un germen de completa y definitiva inalterabilidad.

Unión creadora: de lo Múltiple al Omega

Los diversos principios que acabo de enumerar circunscriben el campo en cuyo interior hay que buscar la solución del problema de la vida, pero no dan todavía una interpretación del Mundo. He intentado darme esta interpretación por la teoría de la Unión creadora.

La Unión creadora no es exactamente una doctrina metafísica. Es más bien una especie de explicación empírica y pragmática del Universo, surgida en mí de la

necesidad de conciliar, en un sistema sólidamente ligado, las concepciones científicas de la Evolución (admitidas como definitivas en su esencia) con la tendencia innata que me ha impulsado a buscar lo Divino, no en la ruptura del Mundo físico, sino a través de la Materia y, de algún modo, en unión con ella.

He llegado a esta explicación de las Cosas en forma muy simple, reflexionando sobre las desconcertantes relaciones que existen entre el espíritu y la materia. Si hay un hecho bien establecido por la experiencia, es que, en todos los organismos vivientes que conocemos, “cuanto más elevado es un psiquismo, tanto más nos aparece ligado a un organismo complicado”. Cuanto más espiritual es el alma, tanto más múltiple y frágil es su cuerpo. Salvo para utilizarla como ocasión para profundizar más el abismo que desean cavar entre el Espíritu y la Materia, esta curiosa ley de compensación no parece haber atraído especialmente la atención de los filósofos. Me ha parecido que, lejos de ser una relación paradójica o accidental, tenía grandes probabilidades de traicionar la secreta constitución de los seres. Por consiguiente, en lugar de hacer de ella una dificultad, una objeción, la he transformado en principio mismo de la explicación de las Cosas.

La Unión creadora es la teoría que admite que, en la fase evolutiva actual del Cosmos (la única conocida por nosotros), todo pasa como si lo Uno se formara por unificaciones sucesivas de lo Múltiple, y como si

lo Uno fuera tanto más perfecto cuanto más perfectamente centraliza sobre él un más vasto Múltiple. Para los elementos agrupados por el alma en un cuerpo (y elevados por eso mismo a un grado superior del ser), *plus esse est plus cum pluribus unire* [“ser más es ser mejor con un mayor número de elementos”]. Para la propia alma, principio de unidad, *plus esse est plus plura unire* [“ser más es unir mejor un mayor número de elementos”]. Para ambos, recibir o comunicar la unión es experimentar la influencia creadora de Dios, *qui creat uniendo* [“que crea uniendo”].

Para no ser mal interpretadas, estas fórmulas deben ser sopesadas cuidadosamente. No significan que lo Uno esté compuesto de lo Múltiple, es decir, que nazca de la fusión en él mismo de los elementos que asocia (pues en ese caso, o bien no sería algo creado, es decir, algo completamente nuevo, o bien los términos de lo Múltiple irían reduciéndose progresivamente, lo que va contra la experiencia). Estas fórmulas expresan únicamente el hecho de que lo Uno sólo nos aparece a continuación de lo Múltiple, bajo la denominación de lo Múltiple, porque su acción esencial, formal, es la de unir. Y esto nos conduce a enunciar el siguiente principio fundamental: “La Unión creadora no funde entre ellos los términos que agrupa (la beatitud que aporta ¿no consiste acaso precisamente en convertirse uno en el otro sin dejar de ser él?). Los conserva e incluso los completa, como lo vemos en los cuerpos vivientes, donde las células son tanto

más especializadas cuanto que pertenecen a un ser más elevado en la serie animal. Cada alma más alta *diferencia* mejor los elementos que une”. [...]

En el límite inferior de las Cosas, por debajo de todo alcance, nos descubre una pluralidad inmensa, la diversidad completa unida a la desunión total. A decir verdad, esta multiplicidad absoluta sería la nada, lo que nunca ha existido. Pero es la dirección de donde sale, para nosotros, el Mundo: en el origen de los tiempos, el Mundo se nos descubre emergiendo de lo Múltiple, impregnado y rebosante de lo Múltiple. Sin embargo, ya, puesto que hay algo, el trabajo de unificación ha comenzado desde este momento. En los primeros estadios en los que se nos hace imaginable, el Mundo ya ha estado, desde hace mucho tiempo, a merced de una multitud de almas elementales que se disputan su polvo para existir unificándolo. No podemos dudar de ello: la Materia llamada bruta está ciertamente animada a su manera. Como absoluta multiplicidad, completa exterioridad o total “transcendencia” son sinónimos de la nada. Cualesquiera que sean (a condición de que sean algo fuera de nosotros), átomos, electrones, corpúsculos elementales ... deben tener un rudimento de inmanencia, es decir, una chispa de espíritu. [...]

En el Universo, a nuestro alrededor, las cosas han llegado a este punto. Como una esfera irradiante a partir de centros innumerables, el Mundo material nos aparece hoy como suspendido en la consciencia espiritual de

los hombres. ¿Qué nos enseña la Unión creadora sobre el equilibrio y el porvenir de este sistema? Nos advierte formalmente que el Mundo que vemos es todavía profundamente inestable e inconcluso: inestable, porque los millones de almas (vivas o desaparecidas) incluso hoy en el Cosmos forman un múltiple movedizo que, mecánicamente, necesita un Centro para “sostenerse”; inconcluso, porque su propia pluralidad, al mismo tiempo que representa una debilidad, es también una potencia y una esperanza de porvenir, la exigencia o la espera de una unificación ulterior en el espíritu. Por consiguiente, por todo el peso de la evolución pasada, hemos aquí forzados a mirar más arriba que nosotros mismos, Hombres, en las series espirituales. Si el Mundo infrahumano se ha consolidado por nuestras almas en nosotros, el Mundo humano, a su vez, no es concebible más que soportado por centros conscientes más vastos y más poderosos que los nuestros. Y así, gradualmente (de lo más múltiple a lo menos múltiple), hemos llegado a concebir un Centro primero y supremo, un Omega, en el que se religan todas las fibras, los hilos, las generatrices del Universo. Centro todavía en formación (virtual), si se considera la compleción del movimiento que dirige, pero Centro también ya real, puesto que, sin su atracción actual, el flujo general de unificación no podría levantar lo Múltiple.

Por consiguiente, a la luz de la Unión creadora el Universo toma la forma de un inmenso cono, cuya

base se distendería indefinidamente hacia atrás, en la noche, en tanto que la cumbre se elevaría y se concentraría cada vez más en la luz. De arriba abajo, se hace sentir la *misma* influencia creadora, pero siempre más consciente, más depurada, más complicada. [...] Forzosamente, la Ciencia se ocupa principalmente de estudiar los arreglos materiales sucesivamente realizados por el movimiento de la vida. Haciendo esto, sólo ve la corteza de las Cosas. La verdadera evolución del Mundo ocurre en las almas y en la unión de las almas. Sus factores íntimos no son mecanicistas, sino psicológicos y morales. De ahí que (volveremos sobre este punto) los desarrollos ulteriores físicos de la Humanidad, es decir, los verdaderos prolongamientos de su evolución sideral y biológica, deban buscarse en un incremento de consciencia obtenido por la entrada en juego de potencias unitivas psíquicas. [...]

[A la cabeza...] con el relieve de una verdad de primer orden, aparece este principio fundamental de que “toda consistencia procede del Espíritu”. Es la definición misma de la Unión creadora. La experiencia inmediata y brutal del Mundo tendería a hacernos admitir lo contrario. La solidez de lo inorgánico y la fragilidad de la carne quieren hacernos creer que toda consistencia procede de la Materia. Es preciso invertir resueltamente esta grosera visión de las Cosas, que la propia Física está arruinando al descubrir el lento desvanecimiento de sustancias que creíamos indestructi-

bles. No, todo se sostiene por un efecto de síntesis, es decir, en suma, por humilde que sea esta síntesis, por un reflejo del Espíritu. [...]

En el sistema de la Unión creadora ya no es posible seguir oponiendo brutalmente Espíritu y Materia. En efecto, para quien ha comprendido la ley de “espiritualización por unión”, ha dejado ya de haber dos compartimentos en el Universo, el de los Espíritus y el de los Cuerpos: sólo hay ya *dos sentidos* sobre un mismo camino (el sentido de la pluralización mala y el sentido de la unificación buena). En el mundo, todo ser está en alguna parte sobre la pendiente que asciende de la sombra hacia la luz. Ante él, el esfuerzo por dominar y simplificar su naturaleza; detrás de él, la dejadez en la disociación física y moral de sus potencias. Si va hacia delante, encuentra el Bien: todo es para él el espíritu. Si decae, sólo encuentra bajo sus pasos mal y materia. [...]

Materia y Espíritu no se oponen como dos cosas, como dos naturalezas, sino como dos direcciones de evolución en el interior del Mundo.

La importancia fundamental del Fenómeno humano

Apenas queda el Hombre reintegrado [...] en el edificio del Mundo, tiende a asumir en él, para la Ciencia,

un inmenso valor. En cuanto deja de considerársele como una especie de epi- o de parafenómeno, ya no podrá ser, cualitativa y cuantitativamente, más que un fenómeno de primer orden en el Universo. [...]

Cualitativamente, en primer lugar, el Hombre manifiesta, en un grado privilegiado y, por consiguiente, fácilmente estudiable, una determinable energía particular del Mundo: el término extremo, para nuestra experiencia, de lo que pudiéramos llamar la corriente psíquica en el Universo. Del mismo modo que el radio, por ejemplo, gracias a la intensidad excepcional de su actividad, ha revelado a la Física una propiedad universal de la Materia, así también [...] la conciencia, incluso en su forma superior, que es la libertad, resulta ser un factor de valor cósmico. Inaprehensible en el Mundo de los átomos, insignificante a veces en el Mundo de los seres organizados, lo psíquico pasa decididamente a convertirse en el Fenómeno principal en el Mundo humano. Y, por consiguiente, se impone científicamente a la Ciencia. Esta afirmación nos parece irrefutable; y, en nuestra opinión, seguiría siendo válida aun cuando se rechazaran las consideraciones que siguen.

Por la circunstancia misma de representar la emergencia clara y distinta de una propiedad universal, el Fenómeno humano resulta tener un valor *cuantitativo* ilimitado. [...] La Humanidad [...] evoluciona de modo que forma una unidad natural de extensión tan vasta como la Tierra. La preocupación por los asuntos humanos nos permite

apreciar la significación de este enorme acontecimiento. Y, sin embargo, se desarrolla ante nuestros ojos. De día en día la masa humana “se fragua”; se construye; teje alrededor del Globo una red de organización material, de circulación y de pensamiento. Ahogados en este proceso, acostumbrados a considerarlo como algo no físico, no le prestamos atención. Pero contemplémoslo, por fin, como observaríamos un cristal o una planta. Instantáneamente nos damos cuenta de que, en su litósfera, en su atmósfera, en su biósfera, etcétera, la Tierra *está añadiendo*, por medio de nosotros, una envoltura más a sus otras capas, la última y más notable de todas: la zona pensante, la “noósfera”. El Fenómeno humano, considerado en el resultado global y figurado de su evolución, es de orden “telúrico”. Sus dimensiones espaciales son las del planeta. Y también sus dimensiones temporales. ¿Acaso el Hombre no es naturalmente solidario y legítimamente salido de la Historia general de la Tierra? El Fenómeno humano [...] hace penetrar a la Ciencia, un poco como la radioactividad, en el secreto de los resortes elementales del Mundo. Y he aquí que ahora asume la amplitud (en extensión) y la profundidad (en duración) de los acontecimientos geológicos. La Humanidad —recogiendo y comprendiendo mejor una expresión ya empleada antes— es verdaderamente la Tierra (podríamos decir incluso la Naturaleza) “hominizada”. [...]

Hasta ahora, la Ciencia tenía la costumbre de no construir el mundo físico más que con los elementos

impulsados por las leyes del azar y de los grandes números, hacia una atenuación creciente de energías intercambiables y hacia una difusión inorganizada. La Humanidad, en cuanto aceptemos ver en ella un fenómeno físico, nos obliga definitivamente a concebir, de frente o de espaldas a esta primera corriente universal, otra irreversibilidad fundamental: la que llevaría las cosas, en sentido inverso a lo probable, hacia construcciones cada vez más improbables, cada vez más ampliamente organizadas. Al lado, o a través de la corriente ponderable de la Entropía, existe quizá, oculta por lo material, aflorando en lo organizado, pero sobre todo visible en lo humano, la corriente imponderable del Espíritu. [...]

De esta situación, admitida como hecho de Ciencia, se derivarían dos importantes corolarios, uno más bien especulativo y el otro más bien práctico.

Especulativamente, nos encontraríamos en posesión de una clave que (teniendo en cuenta las analogías queridas) nos permitirá explorar por dentro el Universo que la Física ha intentado hasta ahora aprehender por fuera. Si verdaderamente, como ya lo hemos hecho, las leyes de la Materia bruta y los procesos externos de la Materia viviente pueden seguirse hasta llegar a nosotros, y volver a encontrarse en nosotros mismos, “hominizados”, eso indica que podemos, inversamente, intentar comprender a unas y a otros, volviendo a descender hacia ellos por dentro para reconocerlos en ellos, materializados. [...]

Prácticamente, seríamos depositarios responsables de una parte de energía universal que hay que conservar y propagar: no una energía cualquiera, sino una energía que ha llegado, en nosotros, a un determinado grado supremo de elaboración. Por muy fría y objetivamente que se tomen las cosas, habría que decir que la Humanidad constituye un frente de avanzada cósmica. Esto supondría en primer término, para nosotros, una nueva y noble sujeción de sacar partido de todas las potencias que proporciona la Tierra para favorecer los progresos de lo Improbable. Pero captar las energías materiales no sería aún más que un esfuerzo secundario. Para que la corriente del Espíritu, representado hoy por la Humanidad, se mantenga y avance, habría que procurar principalmente que la masa humana conservara su *tensión interna*; es decir, que no dejara despilfarrarse ni disminuir en ella el respeto, la afición, el fervor de la Vida. Si este fervor disminuye, inmediatamente lo que hemos llamado noósfera se marchita y desaparece. Entreveamos aquí una nueva energética (entretenimiento, canalización, aumento de las aspiraciones y pasiones humanas) en la que confluirían la Física, la Biología y la Moral, confluencia muy curiosa, pero inevitable en cuanto comprendemos la realidad del Fenómeno humano.

Por supuesto, estas reflexiones, mediante las cuales quisiéramos acelerar el instante en el que la Ciencia integre decididamente la Humanidad en la Tierra y en el Mundo, son provisionales y rudimentarias. [...]

Después de mucho tiempo de pasar por un elemento científicamente accesorio o aberrante del Universo, la Humanidad acabará por resultar un fenómeno fundamental: *el* fenómeno por excelencia de la Naturaleza: el fenómeno en el que, en una complejidad de factores materiales y morales, uno de los principales actos de la evolución universal resulta para nosotros, no solamente experimentado, sino también vivido.

El medio divino y sus atributos

En nuestros días, el enriquecimiento y el desasosiego del pensamiento religioso se deben, sin duda, a la revelación que de la grandeza y la unidad del Mundo se realiza en torno a nosotros y en nosotros. En torno a nosotros, las Ciencias de lo Real dilatan desmesuradamente los abismos del tiempo y del espacio y descubren incesantemente nuevas ligazones entre los elementos del Universo. En nosotros, bajo la exaltación producida por estos descubrimientos, se desvela y adquiere consistencia un mundo de afinidades y de simpatías unitarias, tan antiguas como el alma del hombre, pero hasta hoy más soñadas que vividas. Sabias y matizadas entre los verdaderos pensadores, ingenuas y operantes entre los pocos cultivados, por todas partes aparecen simultáneamente las mismas aspiraciones hacia un Uno más vasto y mejor organi-

zado; los mismos presentimientos de energías desconocidas y empleadas en ámbitos nuevos. Hoy es casi banal encontrarse con que el hombre, con toda naturalidad y sin alardes, vive con la conciencia clara de ser un átomo o un ciudadano del Universo.

Este despertar colectivo, semejante al que un buen día hace que cada individuo adquiera conciencia de las dimensiones reales de su vida, ha de tener una profunda repercusión religiosa sobre la masa humana, ya sea para abatir, ya para exaltar.

Para unos, el Mundo se descubre como demasiado grande. El Hombre se halla perdido en semejante conjunto. No cuenta: no nos queda sino ignorar y desaparecer. Para los otros, por el contrario, el Mundo es demasiado bello: es a él sólo a quien hay que adorar.

Hay cristianos [...] que se hurtan todavía a esta angustia o a esta fascinación. [...] Pero hay otros que se asustan de la emoción o de la atracción que produce sobre ellos, invenciblemente, el Astro nuevo que surge. ¿Es por ventura el Cristo evangélico, imaginado y amado dentro de las dimensiones de un Mundo mediterráneo, capaz de recubrir y centrar todavía nuestro Universo prodigiosamente engrandecido? ¿No se halla el Mundo en vías de manifestarse más amplio, más íntimo, más resplandeciente que el mismo Jehová? ¿No hará que nuestra religión estalle? ¿No eclipsará a nuestro Dios?

Tal vez sin atreverse aún a confesar su inquietud, muchos (lo sé porque me los he encontrado a menudo

y en todas partes...) la sienten, no obstante, absolutamente despierta en el fondo de sí mismos. Para éstos es para quienes escribo.

No intentaré hacer Metafísica, ni Apologética. Con los que quieran seguirme volveré al Ágora, y allí, todos juntos, oiremos a san Pablo decir a las gentes del Areópago: “Dios, que ha hecho al Hombre para que éste lo encuentre —Dios, a quien intentamos aprehender a través del tanteo de nuestras vidas—, este Dios se halla tan extendido y es tan tangible como una atmósfera que nos bañara. Por todas partes él nos envuelve, como el propio Mundo. ¿Qué les falta, pues, para que puedan abrazarlo? Sólo una cosa: *verlo*”.

Este librito, en el que no se hallará sino la lección eterna de la Iglesia, pero repetida por un hombre que cree sentir apasionadamente con su tiempo, querría enseñar a ver a Dios por todas partes: verlo en lo más secreto, en lo más consistente, en lo más definitivo del mundo. Lo que estas páginas proponen y encierran es sólo una actitud práctica o, más exactamente acaso, una educación de los ojos. [...] Sitúense, como yo, aquí y miren. Desde este punto privilegiado, que no es la cima difícil reservada a ciertos elegidos, sino la plataforma firme construida por dos mil años de experiencia cristiana, verán, con toda sencillez, operarse la conjunción de los dos astros cuya atracción diversa desorganizaba su fe. Sin confusiones, sin mezclas, Dios, el verdadero Dios cristiano, invadirá ante sus ojos el Universo. El

Universo, nuestro Universo de hoy, el Universo que los asustaba por su magnitud perversa o su pagana belleza. Lo penetrará como un rayo penetra un cristal; y a favor de las capas inmensas de lo creado, se hará para ustedes universalmente tangible y activo, muy próximo y, a la vez, muy lejano.

Si, acomodando la mirada de su alma, saben percibir esta magnificencia, les prometo que olvidarán sus vanos temores frente a la Tierra que asciende, y sólo pensarán en gritar: “¡Todavía más grande, Señor! ¡Sea cada vez más grande tu Universo para que, mediante un contacto incesantemente intensificado y engrandecido, yo te sostenga y sea sostenido por ti!” [...]

La maravilla esencial del Medio Divino es la facilidad con que reúne y armoniza en sí mismo las cualidades que nos parecen ser más contrarias.

Inmenso como el Mundo y más temible que las inmensas energías del Universo, el Medio Divino posee, sin embargo, en grado superlativo, la concentración y la precisión que constituyen el encanto y la cordialidad de las personas humanas.

Innumerable y vasto, como la onda centelleante de las criaturas que sostiene y sobreanima su Océano, el Medio Divino conserva al mismo tiempo la Trascendencia concreta que le permite reunir sin confusión en su Unidad triunfante y personal los elementos del Mundo.

Incomparablemente próximo y tangible, puesto que nos presiona mediante las fuerzas todas del Uni-

verso, el Medio Divino huye tan continuadamente de nuestro abrazo que aquí abajo jamás podemos aprehenderlo, si no es alzándonos hasta el límite de nuestro esfuerzo, elevados por su misma onda: presente y atrayente en el fondo inaccesible de toda criatura, se retira cada vez más lejos y nos arrastra consigo hacia el centro común de toda consumación. [...]

Ahora bien, si buscamos de dónde pueden venirle al Medio Divino tantas perfecciones sorprendentemente unidas entre sí, descubrimos que todas ellas derivan de una sola perfección “fontanal”, que podemos expresar de esta manera: Dios se descubre en todas partes, cuando lo buscamos en nuestros tanteos, *como un medio universal*, en tanto que es *el punto último* en el que convergen todas las realidades. [...] Por tanto, todas las criaturas, en tanto que lo son, no pueden ser consideradas, en su naturaleza y en su acción, sin que en lo más íntimo y más real de ellas mismas, como el sol en los fragmentos de un espejo roto, no se descubra la misma Realidad, una bajo la multiplicidad, inasible en su proximidad, espiritual bajo la materialidad. Ningún objeto puede influir sobre nosotros por el fondo de sí mismo sin que sobre nosotros también irradie el Foco universal. Ninguna realidad puede ser captada por nuestra mente, nuestro corazón o nuestras manos, en la esencia de lo que encierra de deseable, sin que, *por la estructura misma de las cosas*, no nos veamos obligados a remontarnos hasta la fuente primera de sus perfecciones. Este

Foco, esta Fuente están, pues, en todas partes. *Precisamente porque* es infinitamente profundo y puntiforme, Dios está infinitamente próximo y extendido por todas partes. *Precisamente porque* es el Centro, ocupa toda la esfera. Exactamente a la inversa de esa ubicuidad falaz que parece tener la Materia por su extremada disociación, la Omnipresencia divina no es más que el efecto de su extrema espiritualidad. Y a la luz de este descubrimiento podemos reemprender nuestra marcha a través de las maravillosas sorpresas que nos reserva inagotablemente el Medio Divino.

El Medio Divino, por inmenso que sea, es en realidad un Centro. Tiene, por tanto, las propiedades de un centro, es decir, ante todo, el poder absoluto y último de reunir (y, en consecuencia, de acabar) a los seres en el seno de sí mismo. En el Medio Divino se tocan todos los elementos del Universo por lo que tienen de más interior y definitivo. Poco a poco, sin pérdida y sin peligro ulterior de corrupción, concentran lo que tienen de más puro y de más atrayente. Al encontrarse, pierden su exterioridad mutua y las incoherencias que son el dolor fundamental de las relaciones humanas. ¡Aquí pueden refugiarse aquellos a quienes dejan desolados las separaciones, las parsimonias o las prodigalidades de la Tierra! En las esferas exteriores del Mundo, el Hombre en todo instante se siente desgarrado por las separaciones que pone la distancia entre los cuerpos; la imposibilidad de comprenderse, entre las almas; la muerte, entre las vi-

das. En todo minuto, además, el Hombre necesita llorar, porque no puede, en el espacio de unos años, seguirlo todo y abarcarlo todo. En fin, se inquieta incesantemente, y no sin razón, ante la loca despreocupación, ante la desesperante opacidad de un medio natural en el que la mayor parte de los esfuerzos individuales parecen derrochados o perdidos, donde los golpes y los gritos parecen ahogados al punto, sin que despierten el menor eco.

Todo esto es la desolación en superficie.

Abandonemos la superficie. Y sin dejar el Mundo, hundámonos en Dios. Allí y desde allí, en él y por él, todo lo tendremos, y mandaremos en todo. De todas las flores y las luces que hayamos debido abandonar para ser fieles a la vida, allí hallaremos un día su esencia y su fulgor. Los seres que desesperábamos poder alcanzar e influenciar, allí están reunidos por el vértice más vulnerable, el más receptivo, el más enriquecedor de su sustancia. En este lugar se recoge y se conserva el menor de nuestros deseos y de nuestros esfuerzos, que puede hacer vibrar instantáneamente a todas las médulas del Universo.

Establezcámonos en el Medio Divino. Nos encontraremos en lo más íntimo de las almas y en lo más consistente de la Materia. Descubriremos, con la confluencia de todas las bellezas, el punto ultravivo, el punto ultrasensible, el punto ultraactivo del Universo. Y, al mismo tiempo, sentiremos que se ordena sin esfuerzo, en el fondo de nosotros mismos, la *plenitud* de nuestras fuerzas de acción y de adoración. [...]

Haber accedido al Medio Divino es, en efecto, haber encontrado lo Único Necesario, es decir, Aquel que quema, inflamándolo, lo que hubiéramos amado insuficientemente o mal; Aquel que calma eclipsando con sus fuegos lo que amábamos demasiado; Aquel que consuela recogiendo lo que ha sido arrancado a nuestro amor o lo que jamás le fue dado. Haber llegado hasta estas capas preciosas es sentir con igual verdad que se tiene necesidad de todo y que no se necesita nada. Todo lo necesitamos: porque el Mundo nunca será lo bastante grande para suministrar a nuestro gusto de actuar los medios de aprehender a Dios, ni a nuestra sed de sentir la posibilidad de ser invadidos por él. Y, sin embargo, nada nos hace falta; porque la única Realidad que nos seduce está allende las transparencias en que se refleja, y todo cuanto de caduco se desvanezca entre nosotros dos no hará sino ofrecérmola más pura. Todo me es Todo y todo me es nada; todo me es Dios y todo me es polvo: he aquí lo que el Hombre puede decir con igual verdad, siguiendo la incidencia del rayo divino.

La divinización de las actividades

Tal vez nos imaginábamos que la Creación acabó hace mucho tiempo. Es un error, porque continúa perfeccionándose, y en las zonas más elevadas del Mundo. [...] Y nosotros servimos para terminarla, incluso mediante el

más humilde trabajo de nuestras manos. En definitiva, tal es el sentido y el valor de nuestros actos. En virtud de la interligazón Materia-Alma-Cristo, *hagamos lo que hagamos*, reportamos a Dios una partícula del ser que Él desea. Con cada una de nuestras *obras* trabajamos, atómica pero realmente, en la construcción del Pleroma, es decir, en llevar a Cristo un poco de acabamiento.

Cada una de nuestras Obras, por la repercusión más o menos remota y directa que tiene sobre el Mundo espiritual, concurre a perfeccionar a Cristo en su totalidad mística. He aquí una respuesta lo más completa posible a nuestra pregunta: ¿cómo, siguiendo la invitación de san Pablo, podemos ver a Dios en toda la mitad activa de nuestra vida? En verdad que, por la operación, siempre en curso, de la Encarnación, lo Divino penetra tan bien nuestras energías de criaturas que para encontrarlo y abrazarlo no podríamos hallar mejor medio que nuestra propia acción.

Primero, en la acción me adhiero al poder creador de Dios; coincido con él; me convierto no sólo en su instrumento, sino en su prolongación viviente. Y como en un ser no hay nada más íntimo que su voluntad, en cierta manera me confundo, por mi corazón, con el propio corazón de Dios. Este contacto es perpetuo, puesto que actúo siempre; y a la vez, como no sabría hallar límite a la perfección de mi fidelidad ni al fervor de mi intención, me permite asimilarme indefinidamente a Dios, cada vez más estrechamente.

En esta comunión, el alma no se detiene para disfrutar ni pierde de vista el término material de su acción. ¿No es un esfuerzo *creador* el que adopta? La voluntad de triunfar y una cierta dilección apasionada por la obra que se va a crear forman parte integrante de nuestra fidelidad de criaturas. Por tanto, la propia sinceridad con que deseamos y perseguimos el éxito para Dios se nos descubre como un nuevo factor también sin límite: el factor de nuestra conjunción más perfecta con el Todopoderoso que nos anima. Asociados primero a Dios en el simple ejercicio común de las voluntades, nos unimos ahora a él en el amor común hacia el término que vamos a crear; y la maravilla de las maravillas es que en este término, una vez poseído, tenemos todavía el encanto de encontrar a Dios presente. [...]

Dios, en lo que tiene de más viviente y de más encarnado, no se halla lejos de nosotros, fuera de la esfera tangible, sino que nos espera a cada instante en la acción, en la obra del momento. En cierto modo, se halla en la punta de mi pluma, de mi pico, de mi pincel, de mi aguja, de mi corazón y de mi pensamiento. Llevando hasta su última terminación natural el rasgo, el golpe, el punto en que me ocupa, aprehenderé el Fin último a que tiende mi profunda voluntad. Semejante a esas temibles energías físicas que el Hombre llega a disciplinar hasta lograr que realicen prodigios de delicadeza, el enorme poder del atractivo divino se aplica a nuestros frágiles deseos, a nuestros microscópicos objetos, sin

romper su punta. Esta potencia es exultante y, por tanto, no perturba ni ahoga nada. Es exultante; por tanto, introduce en nuestra vida espiritual un principio superior de unidad, cuyo efecto específico es, con arreglo al punto de vista que se adopte, santificar el esfuerzo humano o humanizar la vida cristiana.

La divinización de las pasividades

Las pasividades [de nuestra vida] constituyen la mitad de la existencia humana. Esta expresión significa, sencillamente, que todo cuanto en nosotros no se realiza por definición, se siente. Pero esto en nada prejuzga las proporciones con arreglo a las que se dividen, en nuestro campo interior, acción y pasión. En efecto, las dos partes, activa y pasiva, de nuestras vidas son extraordinariamente desiguales. En nuestras perspectivas, la primera ocupa el primer lugar, porque nos resulta más agradable y más perceptible. Pero, en realidad, la segunda es incommensurablemente la más extensa y la más profunda.

En primer lugar, las pasividades acompañan sin tregua a nuestras operaciones conscientes a título de reacciones que dirigen, sostienen o encuadran nuestros esfuerzos. Y por ello sólo doblan necesaria y exactamente la extensión de nuestra actividad. Pero su zona de influencia se extiende mucho más allá de estos estrechos límites. [...]

Por un lado, las fuerzas amigas y favorables, que sostienen nuestro esfuerzo y nos dirigen hacia el éxito: son las “pasividades de crecimiento”. Por otro, las fuerzas enemigas, que interfieren penosamente con nuestras tendencias, lastran o desvían nuestra marcha hacia el ser más, reducen nuestras capacidades reales o aparentes de desarrollo: son las “pasividades de disminución”. [...]

Nos parece tan natural el hecho de crecer que no pensamos, generalmente, en distinguir nuestra acción de las fuerzas que la alimentan, ni tampoco de las circunstancias que favorecen su éxito. Y, sin embargo [...], ¿qué posees tú que antes no hayas recibido? Experimentamos la Vida en nosotros tanto como la Muerte, o quizá más que ésta.

Penetremos en lo más secreto de nosotros mismos. Circundemos nuestro ser. Busquemos afanosamente el océano de fuerzas que padecemos y en las que nuestro crecimiento se halla inmerso. Es un ejercicio saludable: la profundidad y la universalidad de nuestras relaciones formarán la intimidad envolvente de nuestra Comunidad. [...]

Cada una de nuestras vidas está como trenzada por estos dos hilos: el hilo del desarrollo interior, siguiendo el cual se forman gradualmente nuestras ideas, afectos, actitudes humanas y místicas; y el hilo del éxito exterior, siguiendo el cual nos hallamos en cada momento en el punto preciso en el que convergerá, para producir

en nosotros el efecto esperado por Dios, el conjunto de las fuerzas del Universo. [...]

Adherirse a Dios, oculto bajo los poderes internos y externos que animan nuestro ser y lo sostienen en su desarrollo, es finalmente abrirse y confiarse a todos los alientos de la vida. Respondemos, “comulgamos” en las pasividades de crecimiento mediante nuestra fidelidad para actuar. Así, por el deseo de experimentar a Dios, nos vemos llevados al amable deber de superarnos.

Ha llegado el momento de sondear el lado decididamente negativo de nuestras existencias, ese lado en el que nuestra mirada, por lejos que busque, no discierne ya ningún resultado feliz, ninguna terminación sólida para cuanto nos sucede. Que Dios sea aprehensible en y por toda vida parece fácil de comprender. Pero ¿puede hallarse Dios también en y por toda muerte? He aquí algo desconcertante. Y, sin embargo, he aquí lo que es preciso llegar a reconocer, con la mirada habitual y práctica, so pena de permanecer ciegos a lo que hay de más específicamente cristiano en las perspectivas cristianas, y so pena también de escapar al contacto divino por una de las facetas más extensas y más receptivas de nuestra vida.

Las potencias de disminución son nuestras verdaderas pasividades. Su número es inmenso, sus formas infinitamente variadas, su influencia continua. Para fijar nuestras ideas y dirigir nuestra meditación, las dividiremos aquí en dos partes, que corresponden a las formas bajo las que ya nos aparecieron las fuerzas de

crecimiento: las disminuciones de *origen interno* y las disminuciones de *origen externo*.

Las pasividades de disminución externas son todos nuestros obstáculos. Sigamos mentalmente el curso de nuestra vida, y las veremos surgir por todas partes. He aquí la barrera que detiene o la muralla que limita. He aquí la piedra que desvía o el obstáculo que frena. He aquí el microbio o la palabra imperceptible que matan el cuerpo o infectan el espíritu. Incidentes, accidentes, de toda gravedad y de toda suerte, interferencias dolorosas (molestias, choques, amputaciones, muertes...) entre el Mundo de las “demás” cosas y el mundo que irradia a partir de nosotros. Y, sin embargo, cuando el granizo, el fuego, los bandidos le quitaron a Job todas sus riquezas y le dejaron sin familia, Satanás pudo decir a Dios: “Vida por vida, el hombre se resigna a perderlo todo, con tal de conservar su pellejo. Toca tan sólo el cuerpo de tu siervo, y ya verás si te bendice o no”. No es mucho, en cierto sentido, que se nos vayan las cosas, porque siempre podemos figurarnos que retornarán a nosotros. Lo terrible es evadirnos de las cosas por una disminución interior y, además, irreversible.

Humanamente hablando, las pasividades de disminución internas forman el residuo más negro y más desesperadamente inútil de nuestros años. Unas nos acecharon y nos apresaron en nuestro primer despertar: defectos naturales, inferioridades físicas, intelectuales o morales,

por las que el campo de nuestra actividad, de nuestros goces, de nuestra visión, se ha visto limitado implacablemente desde el nacimiento y para toda la vida. Otras nos esperaban más tarde, brutales como un accidente, solapadas como una enfermedad. Todos, un día u otro, tuvimos o tendremos conciencia de que alguno de estos procesos de desorganización se ha instalado en el corazón mismo de nuestra vida. Unas veces son las células del cuerpo las que se rebelan o se corrompen. Otras son los propios elementos de nuestra personalidad los que parecen discordantes o emancipados. Y entonces asistimos, impotentes, a depresiones, rebeliones, tiranías internas, allí donde no hay influencia amiga alguna que pueda venir en nuestro socorro. Porque, si bien podemos evitar más o menos completamente, por fortuna, las formas críticas de estas invasiones, que vienen del fondo de nosotros mismos a matar irresistiblemente la fuerza, la luz o el amor de que vivimos, hay una alteración lenta y esencial a la que no podemos escapar: la edad, la vejez, que de instante en instante nos sustraen a nosotros mismos para empujarnos hacia el fin. Duración que retrasa la posesión, duración que nos arranca a la alegría, duración que hace de todos nosotros unos condenados a muerte. He aquí la pasividad formidable del transcurso del tiempo...

En la muerte, como en un océano, vienen a confluir nuestras disminuciones bruscas o graduales. La muerte es el resumen y la consumación de todas nuestras disminuciones. [...]

Superemos la Muerte descubriendo a Dios en ella. Y lo Divino se hallará con ello instalado en el corazón de nosotros mismos, en el último reducto que parecía poder escapársele.

Aquí, como en el caso de la “divinización” de nuestras actividades humanas, nos encontramos con que la fe cristiana es absolutamente formal en sus afirmaciones y en su práctica. Cristo ha vencido a la Muerte, no sólo reprimiendo sus desafueros, sino embotando su aguijón. En virtud de la Resurrección, nada hay que mate necesariamente, sino que todo en nuestras vidas es susceptible de convertirse en contacto bendito de las manos divinas y en bendita influencia de la Voluntad de Dios. En todo instante, y por muy comprometidos que nos tengan nuestras faltas, o por desesperada que sea nuestra situación debido a las circunstancias, podemos reajustar el Mundo en torno a nosotros mediante una reparación completa y continuar favorablemente nuestra vida. “Diligentibus Deum omnia convertuntur in bonum”. Tal es el hecho que domina toda explicación y toda discusión.

La Misa sobre el Mundo

Ya que, una vez más, Señor [...] no tengo ni pan, ni vino, ni altar, me elevaré por encima de los símbolos hasta la pura majestad de lo Real y te ofreceré, yo, que

soy tu sacerdote, sobre el altar de la tierra entera, el trabajo y el dolor del mundo.

El sol acaba de iluminar, allá lejos, la franja extrema del horizonte. Una vez más, la superficie viviente de la tierra se despierta, se estremece y vuelve a iniciar su tremenda labor bajo la capa móvil de sus fuegos. Yo colocaré sobre mi patena, oh, Dios mío, la esperada cosecha de este nuevo esfuerzo. Derramaré en mi cáliz la savia de todos los frutos que serán molidos hoy.

Mi cáliz y mi patena son las profundidades de un alma ampliamente abierta a todas las fuerzas que, en un instante, van a elevarse desde todos los puntos del globo y a converger hacia el Espíritu. ¡Que vengan, pues, a mí el recuerdo y la mística presencia de aquellos a quienes la luz despierta para un nuevo día!

Señor, voy viendo y los voy amando, uno a uno, a aquellos a quienes tú me has dado como sostén y como encanto naturales de mi existencia. También uno a uno voy contando los miembros de esa otra y tan querida familia que han ido juntando poco a poco en torno a mí, a partir de los elementos más dispares, las afinidades del corazón, de la investigación científica y del pensamiento. Más confusamente, pero a todos sin excepción, evoco a aquellos cuya multitud anónima constituye la masa innumerable de los vivientes; a aquellos que me rodean y me soportan sin que yo los conozca; a los que vienen y a los que se van; a aquellos, sobre todo, que, en la verdad o a través del error, en su despacho, en su

laboratorio o en su fábrica, creen en el progreso de las cosas y perseguirán apasionadamente hoy la luz.

Quiero que en este momento mi ser resuene acorde con el profundo murmullo de esa multitud agitada, confusa o diferenciada, cuya inmensidad nos sobrecoge; de ese océano humano cuyas lentas y monótonas oscilaciones introducen la turbación en los corazones más creyentes. Todo lo que va a aumentar en el Mundo en el transcurso de este día, todo lo que va a disminuir —todo lo que va a morir también—, he aquí, Señor, lo que trato de concentrar en mí para ofrecértelo; he aquí la materia de mi sacrificio, el único sacrificio que a ti te gusta.

Antiguamente se depositaban en tu templo las primicias de las cosechas y la flor de los rebaños. La ofrenda que realmente estás esperando, aquella de la que tienes misteriosamente necesidad todos los días para saciar tu hambre, para calmar tu sed, es nada menos que el acrecentamiento del Mundo arrastrado por el universal devenir.

Recibe, Señor, esta hostia total que la creación, atraída por tus gracias, te presenta en esta nueva aurora. Sé perfectamente que este pan, nuestro esfuerzo, no es en sí mismo más que una desagregación inmensa. Este vino, nuestro dolor, no es todavía, ¡ay!, más que un brebaje disolvente. Mas tú has puesto en el fondo de esta masa informe —estoy seguro de ello, porque lo siento— un irresistible y santificante deseo que nos hace gritar a todos, desde el impío hasta el fiel: “Señor, ¡haz de nosotros un solo individuo!”

**Escritos
esenciales**

se terminó de editar en noviembre de 2018
en las oficinas de la Editorial Universitaria,
José Bonifacio Andrada 2679, Lomas de
Guevara, 44657 Guadalajara, Jalisco

Mariana Hernández Alvarado
Cuidado editorial

Sol Ortega Ruelas
J. Daniel Zamorano Hernández
Pablo Ontiveros
Diseño y diagramación